

Índice

<i>Contigo. Presentación</i>	11
El cansancio que uno da	17
Con los brazos abiertos	21
Me acuerdo tanto de ti... ..	25
Mi reloj	29
Ante la puerta de casa	33
No sé qué decirte.....	37
El secreto que somos	41
Eres de lo que no hay	45
Crece contigo	49
No sé si es mejor que dure	53
Sentir por teléfono	57
Frío en el alma	61
Con temple de ánimo	65
Me descalzo para ti	69

CONTIGO

El privilegio de sobrevivir	73
Mi habitación.....	77
Me gustaría decírtelo.....	81
Un poco niños	85
No sé qué me pasa	89
No estamos tan mal.....	93
Las cartas que no escribimos.....	97
Las palabras de la lluvia	101
Dormir un rato	105
Empezar de nuevo	109
Dar una vuelta a solas	113
Cuando no estemos	117
Hablar bien de alguien	121
Leer fotografías.....	125
El afecto de no coincidir	129
Con inteligencia y elegancia.....	133
Tu aroma.....	137
Nadar con alguien	141
Al caer la noche.....	145
Sentirte llorar.....	149
Otro realismo.....	153
Nuestras músicas	157
Pasear por las orillas	161
Por tu discreta generosidad.....	165
Un cuerpo muy tuyo.....	169

ÍNDICE

Con un libro en las manos.....	173
Ya no está	177
Cuando ya es tarde	181
Con los años	185
Hay cosas que decirse	189
Vamos a celebrarlo.....	193

Contigo Presentación

No basta con señalar genéricamente que necesitamos unos de otros. Así es, pero conviene no eludir lo que significa contar con alguien para quien singularmente seamos decisivos. No hay que suponer que eso pasa siempre y hemos de reconocer, respetar y valorar las diversas y múltiples opciones de vida. El libro, en este sentido, no propone lo que ha de hacerse y menos aún aconseja. No es la pura expresión de convicciones, también manifiesta deseos y necesidades. Es cierto que muestra más de lo que suele considerarse razonable. Tendemos a pensar que sobre ello conviene callar, pero hay cuestiones sobre las que aparentemente existe cierta reserva, aunque son un secreto a voces. En este texto se busca

que esas voces sean palabra, no la que se dice en lugar de otros, sino la que siendo más propia es a la par muy común. Desde ese punto de vista, no cuenta las peripecias individuales de nadie, ni de quien escribe, que más bien desea incorporarse y situarse en lo que es tan habitual, en lo que a tantos sucede y no siempre decimos. Sorprende tanta ostentación jubilosa de las peripecias más particulares y este pudor por compartir lo que no es tan extraordinario y es más cotidiano y general de lo que reconocemos, y sentimos y pensamos demasiado a solas.

Hay en el texto una interpelación, una invocación, quizá una declaración. Pero en eso consiste el decir y el vivir poético, que no se dedica inexorablemente a la elaboración de poemas, ni se centra necesariamente en la escritura de versos. Es una forma de vida y de pensamiento que trama palabras, que urde hechos, que produce acontecimientos y que crea una realidad sin limitarse a añorar lo ya sucedido, ni a describir lo que ya ocurre. No está claro que se consiga, pero quizá sin pretenderlo demasiado, hay, en efecto, algo de declaración poética. Torpe, pero verdadera.

Adoptar esta escritura con estilo de declaración obedece a que, en determinadas circunstancias nos pasa algo, pero en alguien, en otro, en otra. Lo que nos sucede y lo que decimos coinciden en estar como dislocados, como desplazados, por una cordialidad y un afecto concretos. Y ése es el espacio privilegiado de la palabra. Por eso es tan importante recordar que el vocablo *contigo* reitera el *con* al inicio y al final del *ti*. *Cumtecum* no subraya el deseo de que el otro sea yo, ni como yo, sino la posibilidad de que, si bien distinto y diferente, sea conmigo. Eso sólo es viable, en efecto, si es un tú, alguien otro, alguien a quien apreciar y buscar.

No hay, por tanto, voluntad de ensimismamiento, ni de descripción o de confesión de una sarta de sentimientos, pero tampoco se trata de eludirlos, ni de evitar la emoción que nos mueve y conmueve, que es la de la palabra, la de la palabra que tantas veces nos falta y no nos decimos.

Y no hay euforia. Si algo cabe celebrar es que precisamente podemos comunicárnoslo, aunque ni todo es impecable, ni en verdad todo nos va bien. La experiencia de distancia, de pér-

dida, de fractura ratifica la enorme dificultad de compartir afectos y la tendencia a habitar esa compleja estancia que se desplaza, esa ardua peripecia. Pero la palabra, las palabras, recorren una y otra vez ese espinoso camino y nos ofrecen aliento y sustento para la travesía.

Entre tanta dificultad, se impone el requerimiento permanente de él, de ella, la llamada insistente y la constatación de la alegría de preservar e intensificar la pasión de buscar, de perseguir, de rememorar y de conformar una nueva posibilidad, una nueva realidad. En la escritura, y sobre todo en la acción de leer, tal vez se profile un rostro, el de alguien, que a la par podría difuminarse. La palabra nos acerca y a la vez confirma una distancia irreductible. Por eso, no basta el recuerdo como simple añoranza de lo que ya hemos vivido, necesitamos de la memoria de lo que podría llegar a ocurrir y tanto precisamos.

Los sueños y los deseos que impregnan nuestra existencia diaria, las dudas e incertidumbres, el desconcierto, la soledad corroboran una tensión de búsqueda. Tal vez a través de alguien singular e irrepetible, con todas sus fragilidades,

nos llegue lo que nos hace decir y nos permite vivir. O la complicidad y la cercanía para procurarlo. Compartimos la palabra, pero nadie dirá la del otro, ni en su lugar. Es irremplazable. Y así lo deseamos.

Contigo se dirige a alguien bien concreto, a quien se considere interpelado por el afecto de las palabras, por la emoción de la experiencia, por los sentimientos, por los deseos que, en definitiva, destellan en la escritura y en quien se entrega en ella. Y, sobre todo, por tantos cuyo pensamiento y acción nos conmueven y nos ofrecen nuevas posibilidades de vida. Es difícil sustraerse a identificar este *contigo* con quien nos hace luchar, soñar, nos desvela y nos impulsa. Alguien a quien apreciamos incluso antes de conocer, a quien buscamos siempre, incluso después de encontrar.

El cansancio que uno da

Es evidente que estar cansado no es lo peor que a uno le puede pasar. En ocasiones, es un modo de reconocer y de constatar el propio cuerpo, la propia alma. Y, más aún, de sentir las huellas de alguna labor en el auténtico ámbito en el que reside el cansancio, que es en el espíritu. No faltan veces, sin embargo, en que más se parece a un estado constitutivo que a una fatiga pasajera o coyuntural. De una u otra forma sentimos la necesidad de procurarnos lo que, en mayor o menor medida, nos permita descansar. Pero no es tan fácil poder o saber hacerlo. Ni está claro que deseemos el descanso eterno, aunque a primeras luces, evidentemente, así resultaría duradero. Sólo cabe hablar de descanso si no es por siempre, y si se acompaña o responde a al-

guna tarea. De entre ellas, vivir no es la menor. Así que parecería que precisamos y queremos descansar de vivir. Pero esta voluntad también podría ser peligrosa. Entonces, quizá el cansancio no sea sino una muestra de nuestra finitud, de nuestra condición fugaz y efímera y de que vivimos. Y tal vez estemos cansados, no de vivir, sino de vivir así. Éste es ya otro cansancio, el que podría preludiar un alumbramiento, el de un modo diferente de vivir.

Al menos cabe esta inquietud, la de si estamos cansados o si cansamos. Y la de hasta qué punto tendrá una cosa que ver con la otra. Mientras tanto, el tono cansino va apoderándose de cada cual y se aloja en las comisuras resecaando la mirada. Y no sólo. No es patrimonio de ninguna edad. No faltan jóvenes agotados. Nada por esperar, salvo el deseo de que en ningún caso suceda algo. Que no ocurra nada, decimos. Nos felicitamos de que no haya novedades, que empecemos a identificar con posibles malas noticias. Y, mientras tanto, sin saberlo, nuestra llegada no es ya la irrupción de la alegría. Porque ya no lo es para nosotros llegar. El descanso entonces se refugia en el hacer.

Aprender a reposar cada acción es darle a cada ocupación su demora, su sabor. Y, a veces, ciertas ocupaciones son relajante descanso y la acción fecunda es alivio, compañía, el pecho en el que reposar, en el que vagar, en el que viajar, en el que dormir. El verdadero declinar, la falta de fuerzas, nacería así de cansar a los demás. De nuevo el cansancio que uno tiene es el cansancio que uno da, que uno procura. «Me cansas» es peor que «me irritas».

Por eso, en ocasiones nos cansa no lo que hacemos, ni siquiera lo que dejamos de hacer, sino lo que no ocurre en absoluto o lo que pasa sin que nos pase. Más aún, el peso de lo que atraviesa cada uno de nuestros días, no lo que nos espera, sino la que nos espera, como se acostumbra a decir. No sólo son hechos y tareas. Pero si alguien nos aguarda, las fatigas se diluyen y las fuerzas se recobran.

Con los brazos abiertos

En ocasiones necesitamos como nunca un abrazo. No indiscriminado ni indiferente. Queremos ser elegidos, preferidos, y sentir el calor y el latir de un pecho próximo que nos tome. Un abrazo, incluso antes de darse, sólo al ofrecerse, nos sana. Lo esperamos, lo necesitamos. Los brazos abiertos dicen antes de toda conversación. Así se oxigena el alma propia y se respira un aire común que, en cierto modo, es compartido antes de cualquier palabra. La hospitalidad que comporta nos procura salud, porque es bien conocido que el afecto, si no remedia, al menos siempre alivia, atenúa, apacigua, es bálsamo y terapia. Cuando los brazos de alguien nos envuelven, nos enlazan, vienen a ser un auténtico espacio de acogida. Y hay, a la par, un contacto,

un aroma que tiene todas las connotaciones de un hogar. Tal vez pasajero, pero refrescante, entrañable y, a su modo, contundente, maternal.

Hay en todo abrazo un cierto apaciguamiento de sí, una búsqueda de uno mismo, en el que nos abrimos, pero también nos contenemos, nos recogemos y, en cierto modo, reconocemos nuestros límites. Sin embargo, los brazos plegados en el pecho dibujan un fallecimiento. Los brazos abiertos, al contrario, son creación de condiciones para la llegada del otro, anticipan, no sólo porque son espera, sino porque ese gesto llama a venir. Así, decir «abrázame» es más que una manera de pedir, es también un modo de ofrecerse. «Te abrazo» no es sólo dar, es recibir. En el abrazarse, el dar y el recibir coinciden como los labios de una escritura silenciosa. El verdadero abrazo se abre, no retiene. Ni atrapa ni se apropia. Quien abraza ha de dejar ir, ha de desprenderse generosamente, tanto como ha de sentirse abrazado. No es un mero dejarse hacer, de modo pasivo y resignado. Aceptar al otro, su proximidad, propiciar su llegada, reconocer que alguien viene hacia nosotros y casi tiritar o alestar con la fuerza que sólo poseen el deseo o la

necesidad es todo menos medirlo, sondearlo, sopesarlo o compararlo. El otro nos resulta plausible, quizá entrañable, y en este abrir y cerrar de unas manos que están por encontrarse suena un discreto pero efectivo aplauso. Tanto que puede transformarnos, trastornar nuestra posición, modificar los espacios, alterar lo ya asentado. Abrazarse puede ser un prelude con plenitud. Sentir un calor, el de un latido, el de un alma que se abraza con la nuestra, permite encontrar a su lado, en una coincidencia de los cuerpos, la propia singularidad. Sabemos que el otro tal vez se irá, pero entonces llevará en el ritmo de su vivir nuestro cálido palpitar. Y nosotros el suyo. Abrazarnos abre una nueva, verdadera y activa espera. Prepara, procura, propicia. Fecunda nuestra capacidad de acoger. «Te espero con los brazos abiertos».

Me acuerdo tanto de ti...

Es llamativo cómo a veces nos asalta, nos invade, nos inunda y nos habita la imagen de un gesto, de un movimiento, de una situación. Irrumpe en nosotros una palabra y una mirada; en definitiva, un rostro. Nos acordamos de alguien. Puede ser que con gusto, con alegría, al menos en principio. Pero pronto ese recuerdo es la ratificación de una distancia, de una separación. No está y, sin embargo, su ausencia se hace presente. No es una simple nostalgia, es una constatación. Si hay recuerdo es porque en algún modo algo o alguien se fueron. Que tal vez vuelva es estimulante, incluso cabría ser un consuelo, pero recordar es también reconocer que algo ha finalizado, se ha ido, se ha perdido. Que ese alguien se encuentre en otro lugar, por

un lado es un alivio; por otro, una inquietud. Le echamos de menos y, a la par, está en nosotros. Tanto nos pertenece como le pertenecemos. Y, sin embargo, no nos tenemos. En absoluto. Lo notamos. Lo sentimos. No es lo que más nos gustaría, pero es así. Echar de menos no es sólo sentir una falta, es constatar que hagamos lo que hagamos cabe la distracción, pero no el olvido. Alguien nos tiene sin poseernos, le tenemos sin poder sino acariciar su ausencia. Lo notamos con intensidad, pero no está.

Ahora bien, en la palabra *acuerdo* está la palabra *corazón*. El recuerdo tiene siempre también una connotación afectiva. Y nos gusta. No es una simple repetición, es una reiteración, un modo de reactivar algo, de revivirlo. Se trata de que llegue a ser una rememoración. Quizá hayamos de tornar ese recuerdo en memoria, lo que supondría no una simple añoranza del pasado, sino muchas posibilidades latentes y vivas, y algún porvenir. Acordarse de alguien es asociarse con él, con ella, de modo singular, es una conmemoración.

En la noche, un recuerdo irrumpe en silencio. Nos adormilamos al susurro de las palabras

que alguien no nos dice. Amanecemos en brazos que no están. Y, sin embargo, no todo es un espejismo. Algo nos enlaza, nos vincula, algo que no es precisamente menos real que una ausencia. Podríamos intentar denominarlo, pero con palabras tan sencillas que resultarían excesivas. Recuerdo cuando no necesitábamos recordar.

Me acuerdo de ti. Compartimos una memoria común, y desearía hacer contigo algo que por cordial fuera para ambos memorable. Me acuerdo tanto de ti que, como suele decirse, me desvivo por verte, por oírte, por presentir que quizá a ti te ocurra algo similar. No te aconsejo tanta ansiedad, ni tanta turbación. Preferiría que se te pasara. Es decir, que nos viéramos. Lo digo por mí.

Mi reloj

Siempre me ha desconcertado que un reloj que es mío coincida tanto en hora con el de los demás. Me parece tan singular, tan propio, tan identificativo, que no alcanzo a comprender, al menos en primera instancia, cómo puede compartir el tiempo hasta llegar a tener que ver con otras vidas. A pesar de que le pertenezco tanto, me cuesta acompasar el ritmo de mi respiración, el ritmo de mi sangre, con su latido. Él, a su modo, también palpita. Y sé que también le cuesta.

Quizá me hice mayor cuando llegué a tener uno de pulsera, ese que se recuesta junto a nuestra muñeca y se asoma curioso por los bordes de la camisa. Tuve que modificar mi mirada y aprender a vivir a otros ritmos. No sé si más pausados,

sí, al menos, más medidos. Últimamente no sólo me fijo en los ojos de los demás, es como si también encontrara su mirada en el brillo del cristal que parpadea en su reloj. Cuando miran el mío sé que no buscan sólo las horas.

Si en determinada ocasión olvido mi reloj, noto una cierta desnudez, una dislocación y no, como algunos dicen, liberación alguna. Lo quiero conmigo. Al dejarlo cada noche en la mesilla presiento que me estoy despidiendo de algo, de alguien. Me resulta difícil acostarme con reloj. En todo caso, disponerme a descansar supone un cierto desprendimiento del tiempo. Y lo hago. A pesar de tanta precisión incorporada, hay también una no coincidencia con él que siento muy mía. Tiene su vida y sus cosas. Por ejemplo, sigue resultándome gracioso el hecho, que es ya un dicho, de que hasta un reloj parado da bien la hora un par de veces al día. Es como si parado estuviera aguardando su ocasión para encontrarse en hora con los otros. Su detención no es una parálisis, sino una espera. Y si me lo regalan, considero que desean que viva más que yo mismo, casi que sobreviva, que perviva, y me siento querido.

En todo caso, nada es menos erótico que mantener una relación con el reloj puesto. No sólo puede resultar incómodo, es que es impropio, descuidado, delator. Y no digamos lo que desmotiva que alguien lo mire sin cesar, tanto en semejante ocasión como cuando alguien nos habla. Prisa o aburrimiento, dos formas de huir.

Hay algo de fotografía, de espejo, en el reloj de alguien. Cuando no está, mirarlo es ver el rostro del tiempo del otro. Emociona. Y al desprenderme de él pienso que tal vez me sobrevivirá. Por eso, si se tiene más de un reloj y más de un hijo no es fácil decidir a quién dejar cada uno. Incluso me parece que prestárselo a ellos les envejece. Heredar el de un hijo resultaría insoportable. De todos modos, es un privilegio que alguien continúe la existencia sintiendo el latido de nuestro vivir. Que sean ellos los que reciban mi reloj. Les ofrezco tiempo. El que sólo tengo si lo doy.